

El idioma de las cuerdas

Setenta amantes de la música se reúnen durante estos días en el albergue de Arija para celebrar un campamento de la mano de Alasdair Fraser, reconocido maestro del folk

Estíbaliz López / Arija

Dejar que el alma fluya entre los dedos que tañen las cuerdas de un violín, un chelo o una guitarra y compartir los conocimientos musicales sin poner ni límites. Es la premisa de la que partió Crisol de Cuerda, o lo que es lo mismo, Blanca Altable y Javier Ortega, dos jóvenes burgaleses que han organizado un encuentro muy especial durante esta semana en el albergue de Arija para todos los que aman la música.

Tienen entre 12 y 60 años y vienen de distintos rincones de España y de países como EEUU, Australia, Portugal o Francia. A los cerca de setenta les une la misma pasión al tocar. Durante estos días se les puede ver, en solitario o en grupo, interpretando sus propias melodías a la orilla del embalse o bajo la sombra de un buen árbol.

Aprenden de oído. Entre ellos se entremezclan, como cualquier otro, los profesores: Diego Galaz, que muestra otros lenguajes diferentes del fiddle; Juan Arriola, que enseña el del País Vasco; Carlos Beceiro, con la guitarra y bouzouki; Dimitri Psonis, con la lira y también el bouzouki; Natalie Haas, con su chelo, y el escocés Alasdair Fraser, uno de los grandes maestros del panorama folk mundial y que lleva realizando campamentos de este tipo durante más de veinte años.

Precisamente Blanca le conoció participando en uno de ellos en Escocia. «Hasta entonces no había visto nada igual. Lo cierto es que muchas veces se aprende música por obligación y no por placer como debería ser». Fue entonces cuando le comentó a Fraser la idea de traer el proyecto a España y éste aceptó sin dudar. Así, la iniciativa se hizo realidad el año pasado en un albergue situado en los Pirineos.

La elección del lugar en el que celebrar estos encuentros no es aleatoria. «Se han de tener en cuenta factores como la capacidad para albergar a un grupo numeroso y ha de ser un entorno agradable en el que surja la creatividad», explican los organizadores. Y Arija cumplía los requisitos. Disfrutar de las piraguas o en el parque de aventura les sirve para «poder descansar y centrarte en tocar después. La música ha de ser libre y nacer igual y el esparcimiento contribuye a ello».

Sin miedos

Luis ha venido desde Madrid y asegura sentirse con su guitarra como si estuviera en su casa. «No tienes miedo a tocar; unos tienen más nivel que otros pero aquí todos creamos algo juntos. No importa si te equivocas».

Junto a él se encuentran los profesores Beceiro y Arriola, que ya habían participado anteriormente junto a Fraser. «De lo que se trata es de ser espontáneos y nosotros aquí sólo somos uno más», aseguran.

Para Sara es su primer campamento y no puede evitar emocionarse cuando habla, sin apenas poder expresarlo, sobre la admiración que siente por el músico escocés mientras conversa con él. «Me acuerdo cuando un amigo fue a un concierto suyo y le pidió un autógrafo para mí. Ayer mismo se lo enseñé y ahora es maravilloso que podamos estar compartiendo estos días», comenta.

Los organizadores están convencidos por propia experiencia que «estos encuentros pueden cambiar la vida de la gente en cuanto a vivir la música. Existen muchos miedos y aquí de lo que se trata es de romper con ellos y crear todos juntos algo bonito. Se ha creado un sentido de comunidad muy importante al compartir nuestra afición».

Es una forma de que cada uno encuentre su propia voz, de divertirse, de compartir, de practicar, de aprender sin competir y de enseñar sin imponer. Y juntos harán lo mejor que saben, ofrecer un concierto mañana sábado a partir de las diez de la noche en el albergue. Será su forma de poner un -más que seguro- punto y seguido a esta experiencia intercultural.



Un grupo de participantes de diferentes lugares practican en la entrada del albergue.

Estíbaliz López